

Es posible. Yo me inclino con respeto delante de unos investigadores tan eruditos como, a mis ojos inútiles. La arqueología del texto, el estudio del pretexto o de los pre-textos no ha retenido mi atención y, por tanto, no hablaré de ello. Por dos razones, una tiene que ver con la fe y otra con el sentido común. El texto de que disponemos es aquel que el Espíritu ha entregado a las Iglesias. Es ese texto, cuya tradición ha sido marcada por el Espíritu, el que está inspirado y el que, consecuentemente, sigue inspirando todavía hoy a la Iglesia. Que haya habido bosquejos sucesivos en la redacción es posible e incluso probable, pero esta tarea de disección no interesa, en último extremo a los fieles: sólo el mensaje teológico definitivo cuenta para ellos. En segundo lugar, el sentido común está autorizado a pensar que la redacción final no ha sido confiada a un chupatintas carente de inteligencia y de talento literario. *A priori* resulta dudoso que este redactor final se haya contentado con ofrecer a la historia un embrollo carente de forma» (p. 20). Me sumo a sus observaciones, tan atinadas como poco comunes.

No estamos de acuerdo, sin embargo, con las razones que da para sostener que el Apocalipsis no pudo ser escrito por S. Juan. Dice que una de las características del género apocalíptico es la *pseudonimia*, ya que de lo contrario la autoridad contra la que se escribe podría localizar al autor del escrito y condenarlo (cfr. p. 16). Esto es cierto, pero en el caso de los apóstoles, e incluso de muchos cristianos después, no hubo miedo a jugarse la vida por ser fieles al mandato de Cristo de proclamar el Evangelio. Esto no quiere decir que el argumento carezca de verisimilitud, pero sí de fuerza demostrativa irrefragable. Por otra parte, tenemos la tradición que atribuye el Apocalipsis a Juan, digna de consideración, incluso habida cuenta de los datos en contra que en la misma tradición se

dan, siendo el Apocalipsis uno de los libros deuterocanónicos. No obstante, insistimos en que los argumentos aducidos contra la autenticidad tienen valor de hipótesis, pero no de tesis.

La división que presente en p. 24, apoyado en cinco septenarios, nos parece aceptable (cfr. p. 24). Luego la completa insistiendo en el orden chiástico que presenta la obra. En algunos aspectos ese orden se reconoce, sin embargo no siempre dicho orden resulta claro. Tampoco las interpretaciones propuestas son convincentes. Así no se ve bien que en Apc 11, 15-18 se hable de la Encarnación (cfr. p. 233. 238). Tampoco nos parece aceptable el rechazo que hace de la interpretación eclesiológica de Apc 12 (cfr. p. 240). Las interpretaciones que él propone son interesantes y válidas, pero la riqueza de la polisemia joánica, máxime en el Apocalipsis, permite dicha interpretación eclesiológica, sin que sea óbice algún que otro aspecto que no cuadra del todo en el símbolo. Pero eso ocurre también con la interpretación mariológica, sin que por ello no sea correcta.

Al comentar Apc 21, 22 dice muy poco acerca de la condición de Templo nuevo que tiene Cristo, según se apunta ya en el Evangelio y que tiene su plenitud en el Apocalipsis con la entrañable figura del Cordero (cfr. v. II, p. 202ss.).

No obstante las observaciones apuntadas, el libro de Charlier es de gran valor para «comprender» un poco mejor el fascinante libro del Apocalipsis.

A. García-Moreno

Jean ZUMSTEIN, *L'apprentissage de la foi. A la découverte de l'évangile de Jean et de ses lecteurs*, Abonne 1993, 101 pp., 17 x 12. 5.

Después de una breve introducción en la que trata de la originalidad del IV

Evangelio, tenemos tres capítulos, uno titulado «Un évangile enraciné» donde habla de las influencias y tensiones que subyacen en este escrito, así como de la escuela joannea, y de las presuntas redacciones sucesivas, así como de los destinatarios. El segundo capítulo, titulado «Un évangile au service de la foi», consta de dos apartados en los que se estudian aspectos relacionados con el objetivo del hagiógrafo y con el problema de la fe. Por último el capítulo tercero es titulado «Un évangile pour la vie», y trata del envío del Hijo, de las etapas de dicho envío y de la llamada a la fe. En su conjunto el a. intenta trazar la trayectoria teológica y eclesial del IV Evangelio y de las epístolas de S. Juan (cfr. p. 16).

Es un libro de divulgación sin la menor referencia bibliográfica y recogiendo diferentes cuestiones tratadas en otros trabajos. A lo largo de la exposición encontramos afirmaciones cuyo valor nos resulta discutible, o al menos necesitadas de ciertas matizaciones. En las primeras líneas de la introducción dice que el Nuevo Testamento no es un libro homogéneo ni con una teología unívoca. Es verdad que el Nuevo Testamento es conjunto de escritos procedentes de diversos ambientes y de distintos autores, e incluso que cada uno tiene su propio objetivo. Pero junto a ese numerador peculiar, hay lo que podemos llamar el denominador común. Por un lado porque todos intentan transmitir la doctrina que Jesús predicó, proclamar el Evangelio de la salvación. Y, por otro lado, porque se trata de escritos inspirados por un mismo Autor principal.

En cuanto al autor humano de los escritos joánicos, de los que excluye el Apocalipsis sin dar explicación alguna, estima que es una cuestión que «nadie lo sabrá nunca». De forma indiscutible y segura es cierto que no lo podemos saber. Admite, sin embargo, que al final se dice claramente que el autor de ese testi-

monio que es este evangelio es el «discípulo amado». Pero según Zumstein ese personaje no es más que la figura fundadora de la tradición joánica y de la escuela que la cultiva (cfr. p. 28). Continúa exponiendo las diversas fuentes que subyacen, según él, en el IV Evangelio. Sigue prácticamente las teorías de Bultmann, aunque no lo cita, lo mismo que ocurre con otros autores, ya que no sólo no tiene notas a pie de página sino que, como hemos apuntado ya, no aporta ninguna bibliografía ni al principio ni al final. Se supone que es una obra para el gran público. Pero precisamente por eso creemos que se debían dar algunas explicaciones, o no dar como probadas teorías discutidas. Ese modo de difundir determinadas opciones hipotéticas, desorientan más que ayudan. Por lo demás, las diversas redacciones e interpolaciones apuntadas son meras conjeturas (cfr. p. 32). Así nos parecen las cuatro fases redaccionales, con cuatro autores diversos al parecer (cfr. p. 25ss.).

En cuanto a la fecha de composición defiende que el IV Evangelio fue escrito en la misma época que el de S. Mateo o el de S. Lucas. La única razón que da es que estos fueron escritos en el último cuarto del s. I, y que el papiro 52, de principios del s. II, testimonia que en ese tiempo el IV Evangelio era ya conocido en Egipto (cfr. p. 15). Como se ve no son argumentos del todo convincentes.

Señala el peculiar modo de introducir ciertos temas por medio de ciertos malentendidos que despiertan el interés y preparan pedagógicamente la adecuada recepción de una determinada enseñanza (cfr. p. 66). En esta línea del estilo joánico se refiere a la ironía que a menudo aparece en el relato joanneo (cfr. p. 12. 67). Sin embargo, nos parece más exacto hablar de una de las reglas de derásh rabinico, la *tartey misma*. Defiende que el centro del mensaje joanneo consiste en la evocación de una historia concreta, es-

timando que no es separable de la persona de Jesús de Nazaret, nacido bajo Augusto y muerto bajo Tiberio (cfr. p. 7).

Es interesante la insistencia en la condición de Cristo como enviado del Padre (cfr. p. 70). También nos parecen valiosas las páginas que dedica a lo que el A. llama las etapas del enviado: su preexistencia, su envío y su retorno (cfr. p. 77ss.). Pone también el acento en los títulos de Cristo y de Hijo de Dios (cfr. p. 52s.). Son aspectos fundamentales en la teología joánica, en este libro donde lo que se intenta es transformar a su lector, hacerle cambiar de modo de pensar (cfr. p. 56).

A. García-Moreno

D. BOURG-C. COULOT-A. LION (Ed.), *Variations johanniques*, París 1989, 266 pp., 13, 5 x 19, 5.

Nuestra época, se dice en la contraportada del libro, está marcada por una explosión de la exégesis con métodos diferentes (histórico-crítico, semiótico, psicoanalítico, socio-político) y por el advenimiento de lecturas no tipificadas, aparentemente extrañas a las tradiciones hermenéuticas recibidas, o muy libres en su perspectiva, fruto más de un estilo que de un método. Este libro es un ensayo que reúne diversas lecturas libres del Evangelio de San Juan. En la introducción se hace también incapié en la lectura libre del texto joanneo. Con Orígenes se explica el talante con que se escriben estos trabajos: «Sí, yo llegaré a las inmensas planicies de las Escrituras divinas... y ningún temor me detendrá. Por los anchos espacios de la inteligencia mística, yo galoparé» (p. 13). Como se ve estamos ante una obra de alta divulgación que evita las polémicas y busca más bien hacer una paráfrasis que una exégesis.

La obra se divide en cuatro partes: La primera se titula *Lecturas* y en ella tenemos un trabajo de J. Grosjean (*Selon Jean* chapitre 5 et 6, p. 61-83), otro de S. Breton (*Esquisse de commentaire de quelques textes de saint Jean*, p. 85-106), de C. Louis Combet (*Celui qui aime... Connait Dieu* (1 Jn 4 7), p. 107-117), de C. Eslin (*Orosses evangeliques*, p. 119-124). La segunda parte es llamada *Signes et figures* en ella participan J. Grosjean (*Le style johannique*, p. 127-136), J. P. Manique (*Ouestion de signes*, p. 127-146), J. Kristeva (*Des signes au suiet*, p. 147-155), J. Beaudé, *De marie de Magdala a la Madeleine, la formation de une figure De marie de Magdala a la Madeleine la formation de une figure mystique*, p. 157-173) y A. Marchadour, *Lazare: du silence a la pa role*, p. 175-189). En la parte tercera intervienen P. M. Beaudé, *Lire Jean dans le canon des écritures*, p. 193-210 y D. Bourg (*L'en trée en litterature des textes chrétiens*, p. 211-239). Un último trabajo, «a guisa de Bibliografía», lo escribe N. Morgen, *L'exéqese lohannique a 1'heure actuelle: quelques orientations*, p. 243 2 63).

Como puede verse por los títulos son cuestiones muy variadas, y siempre dentro de un estilo más de divulgación que de carácter científico.

A. García-Moreno

Terry C. FALLA, *A Key to the Peshitta Gospels. Volume One: 'Alaph-Dalath*, E. J. Brill («New Testament Tools and Studies», 14), Leiden-New York-K-bf-benhavn-Köln 1991, XL+136+[21] pp., 16 x 24.

En el trabajo científico especializado se requiere el uso de instrumentos de consulta fiables. Este es uno de ellos, indispensable para quienes trabajen en el ámbito de las versiones antiguas de los